

Nudo rojo

Mauricio A. Figueroa Candia

Cuatro son las historias. Una, la más antigua, es la de una fuerte ciudad que cercan y defienden hombres valientes. Los defensores saben que la ciudad será entregada al hierro y al fuego y que su batalla es inútil de "Los cuatro ciclos", *El oro de los tigres* (1973),
Jorge Luis Borges

Para que me entiendas, déjame contarte un secreto. Hace un tiempo conocí a un hombre. Estaba casado y tenía dos hijas. Fuimos uno por varios meses, lo suficiente como para que se hiciera parte de mis espacios, pero él y nuestro secreto se pusieron pegajosos. Prometió dejarlo todo por mí, y yo no tengo el estómago para estar en ese lugar. Como también compartíamos otras partes de la vida, de la no secreta, eventualmente conocí a su familia. Me dio exactamente lo mismo; no sentí nada. Tú ya me conoces: soy un espejo, rodeado de muros y empalizadas. Un día nos encontramos todos en una multitud; le compré algo a las niñas, mientras vestía mi cara de póker de todos los días. Debe haber sido incómodo para él saberse así, a mí voluntad y patético. No entiendo bien por qué, pero ahora me ha tocado darle vueltas al asunto, pero no por él ni por ellas, sino porque ahora existe dentro de mí un impulso por irme lejos, aunque sé que la fuga ya no es posible en un mundo tan pequeño como este: se han ido acumulando tantas coincidencias que ya no podemos llamarlas así.

¿Te puedo contar cómo me fue hoy? Esta vez sí que te lo resumo. *I promise*. Me encontré con una amiga a la que no veía hace tiempo. Fuimos a almorzar y conversamos. ¿Nos habremos conocido

hace unos 15 años? Vivíamos en la misma pensión. Ella está igual. Pásame la sal. Gracias. El salero se tapa con la humedad. Me contó que se casó, y que tiene 2 hijas, una de 8 y una de 2. Dice que su marido solía ser enorme y gordo, pero que se puso resuelto y brioso y que ahora solo es enorme. Lo malo es que parece que se lo tomó muy en serio. No, no queda. Hay que ir al supermercado. Mi amiga me cuenta que, cuando nació la segunda, el marido no se aparecía por la casa, y que ella sufrió muchísimo, así, sabiéndose sola. Me dice que casi se separaron, pero que ahora están mejor. Qué bueno que él reapareció –me alegre por ellos–, aunque también, mira lo que son las cosas, reapareció ella en mi vida, y, sin querer, me arrastra hacia sí y hacia su certeza. Yo creo que fue su perfume. Ella, no sé, me recordó esos marcadores de libros viejos. Esos que vigilan un lugar que olvidamos, pero que nos importaba, o que tal vez todavía nos importa. Baja los pies de la silla; última vez que te digo.

Un vórtice de animales se formó alrededor nuestro. Uno de ellos se fue contigo, mientras yo me quedé abajo, envuelto en silencio. Un árbol necesita abrigo; los trofeos, en cambio, siguen tibios junto a tu cuerpo lleno de manzanas. La luna es un faro para los dos y para un amigo que entra en el humo vestido con su traje. Nunca nos encontraremos al medio del puente.